



EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura

Diputado y dirigente del PSC.

¿Paso cambiado o paso regular?

La derecha europea sólo gobierna hoy en Irlanda, Austria y España porque la izquierda ha sabido unirse, como sucede ahora en nuestro país. Acabemos con el desfase heredado de la dictadura

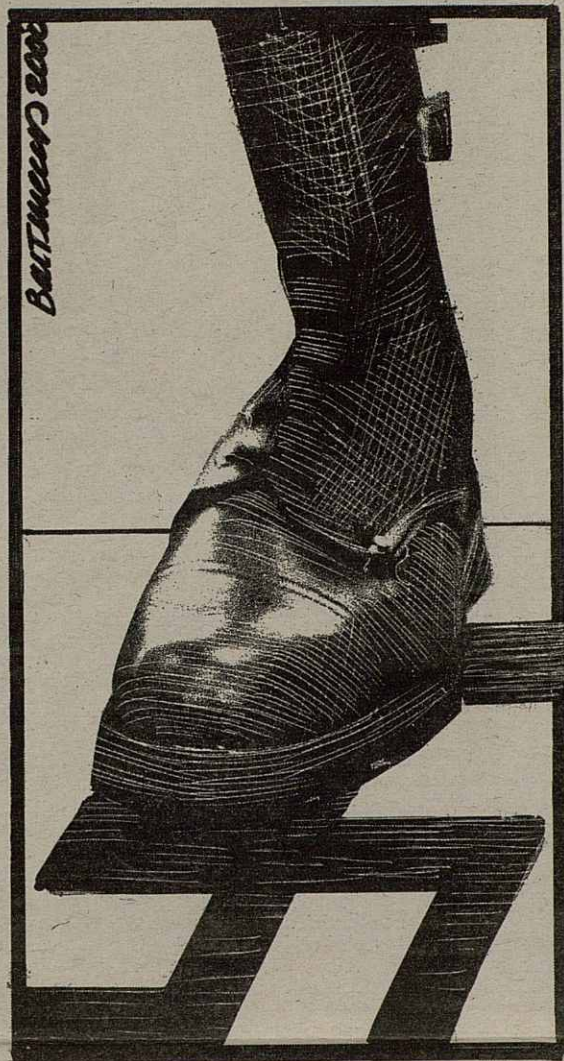
Uno de los efectos más nefastos de la larga duración de la dictadura de **Franco** es que, en relación con el desarrollo de Europa, nuestro país ha ido durante mucho tiempo con el paso cambiado. Mientras los principales países europeos, destrozados por las dos terribles guerras del siglo XX, se ponían de acuerdo para acabar definitivamente con aquellas monstruosas querellas e iniciar un nuevo camino de paz y de prosperidad para Europa, nosotros seguíamos encerrados y aislados bajo el implacable régimen franquista. Cuando conseguimos librarnos de él y empezamos a construir a un sistema democrático a toda marcha llevábamos 20 años de retraso con las instituciones de la nueva Europa que se estaba construyendo.

Una de las consecuencias de aquel retraso fue que nuestra vida política no coincidió con los grandes movimientos de los principales partidos políticos europeos. Ya era atípico un Gobierno como el de la UCD, que no disponía de mayoría absoluta y funcionaba y sobrevivía gracias a los apoyos de los demás partidos. Pero cuando en 1982, el PSOE obtuvo una victoria espectacular —la primera de un partido de izquierda con mayoría absoluta en toda la historia de España y, además, en una monarquía— en Europa predominaban la democracia cristiana y los partidos conservadores, con las banderas desplegadas de **Margaret Thatcher** en Gran Bretaña y de **Ronald Reagan** en Estados Unidos.

Después las cosas cambiaron, sobre todo tras la caída del Muro de Berlín, y en los países de la Europa comunitaria la derecha perdió el poder, uno tras otro, y se entró en una nueva fase, la actual, con un claro y contundente predominio de la socialdemocracia y el conjunto de las izquierdas. Y justo cuando esto ocurría, en España ganaba las elecciones el PP, o sea, la derecha derrotada en los demás países, y seguíamos con el paso cambiado.

Y así hemos llegado a la situación actual. El mapa político de la actual Europa comunitaria no sólo es lo contrario de nuestro país sino que, además, ha abierto nuevas vías para el conjunto de las izquierdas, una vez superados los traumas de la división de Europa en dos bloques. En general, las izquierdas viejas o nuevas han encontrado vías de acuerdo, han formado alianzas y han creado espacios que parecían imposibles hace 10 años.

En Francia gobierna una coalición del partido socialista y del partido comunista, con presencia de otros grupos de izquierda en el Gobierno. En Alemania, gobierna el partido socialdemócrata, en alianza con los verdes, que hace algún tiempo parecían ad-



versarios irreconciliables. En Italia gobierna una coalición de centroizquierda, capitaneada por un primer ministro que unos años atrás era el secretario general del partido comunista. Situaciones parecidas existen en Bélgica, Holanda, Suecia y Finlandia, mientras en Gran Bretaña que tiene un sistema electoral muy diferente, gobierna en solitario el Partido Laborista con acuerdos parciales con el Partido Liberal, y en Portugal y Grecia gobiernan, también en solitario, los respectivos partidos socialistas. Al revés, en todos estos países la democracia cristiana y los conservadores han sufrido grandes derrotas y, en general, están pa-

sando por una situación difícil, cuyo ejemplo más duro y contundente es la crisis de la democracia cristiana de Alemania.

En este conjunto hay tres excepciones. Una, muy relativa, es Irlanda, metida en el complejo proceso de paz del Ulster. Otra es España, donde gobierna, en solitario pero sin mayoría absoluta, el PP. La tercera es Austria, donde la democracia cristiana, tras sufrir una durísima derrota, se ha aliado con la extrema derecha, racista y pronazi.

Éste es el panorama de la Europa comunitaria y, muy pronto, la Europa del euro cuando se acercan nuestras elecciones generales. Pues bien, por primera vez se empiezan a dibujar en nuestro país situaciones parecidas a las de la mayoría de los países europeos. El PP no tiene aliados y afronta la campaña en solitario, y la oposición emprende más o menos los mismos caminos que han dado la victoria a las izquierdas francesas, alemanas, italianas y otras, o sea, el camino de las alianzas.

De ahí los nerviosismos, los exabruptos, las descalificaciones desaforadas. Si **José María Aznar** proclamaba insensatamente que el acuerdo entre el PSOE e Izquierda Unida expulsaría a España de la Europa del euro, otro importante dirigente del PP, **José María Robles Fraga**, se saca de encima el espinoso tema de la ultraderecha austriaca diciendo que peores son algunos partidos de aquí, como el Partido Nacionalista Vasco (PNV), Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), Bloque Nacionalista Galego (BNG) y los nacionalistas baleares, todos ellos exponentes de lo que llama **"el nacionalismo étnico"**, una acusación miserable e intolerable contra partidos de larga tradición democrática, como el PNV y ERC o de trayectoria más reciente pero igualmente democrática, como el BNG y los nacionalistas baleares.

Mala cosa. Los correligionarios del PP en la Europa comunitaria o están de capa caída o se alían con la derecha racista. La soledad en que se encuentra el PP le lleva a una estrategia peligrosísima, que no es otra que buscar la confrontación entre dos nacionalismos extremos, el suyo, españolista rancio, y el de los extremistas vascos por el otro lado. En cambio, lo que ensayan las izquierdas es otro camino, bien distinto, que consiste en agrupar a las diversas izquierdas contra la derecha, o sea, el mismo camino, el mismo sistema que ha funcionado en la mayoría de los países de la Europa comunitaria. Por esto el sentido profundo de las próximas elecciones es si seguiremos con el paso cambiado o si, por fin, iremos al mismo paso que la gran mayoría de nuestros colegas europeos.